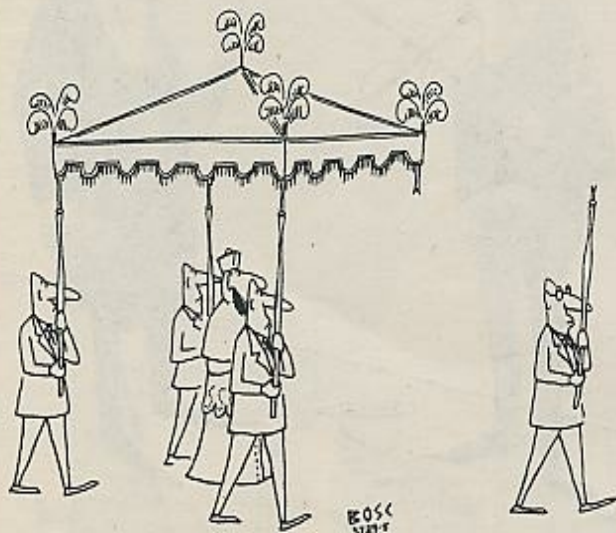
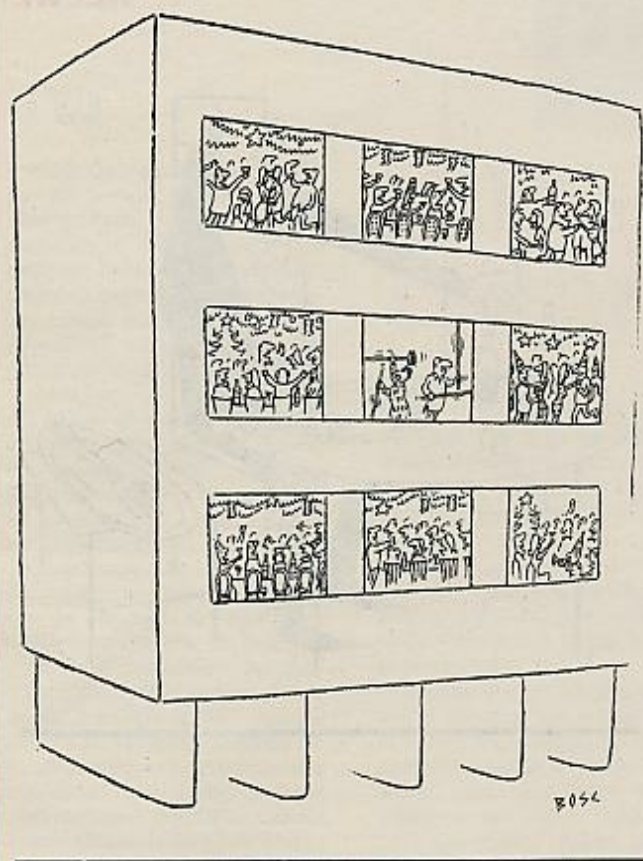


PREFIERO

BOSC



EN el «Mono desnudo», libro del que se han vendido más de tres millones de ejemplares, la idea clave era la de observar al hombre como si se tratase de una especie extraña y describir su comportamiento desde la perspectiva del zólogo. El nuevo libro de Desmond Morris, **El zoo humano**, parte del punto de vista según el cual muchos de los problemas y el extraño modo de comportarse de los habitantes de las ciudades son muy semejantes al de los animales cautivos en los jardines zoológicos. «En condiciones normales —escribe Morris— los animales en estado salvaje no se mutilan, no atacan a su prole, no sufren de úlcera de estómago, no adoran fetiches, no engordan excesivamente, no forman parejas homosexuales ni cometen asesinatos. Todo esto ocurre, inútil recordarlo, entre hombres civilizados. ¿Es ello quizá el signo de una fundamental diferencia entre la especie humana y los demás animales? Así podría parecer a primera vista. Sin embargo, se trata de una falsa impresión. También otros animales se comportan de idéntico modo en circunstancias determinadas cuando se encuentran cautivos. El animal del zoo muestra todas las anomalías que tan a menudo vemos en nuestros semejantes. La ciudad no es, pues, la jungla de asfalto, sino más bien el zoo humano».

Desmond Morris, solo o en colaboración con su mujer, ha escrito una docena de libros de divulgación, pero debe su fama mundial sólo al penúltimo. Pasa la mitad del año en el laboratorio, en Oxford, donde colabora con el más famoso de los etnólogos, Niko Tinbergen. La otra mitad, en Malta, donde posee una casa de campo, fruto de sus ganancias de escritor, y se dedica a contar sus experiencias científicas con fácil pluma.

Naturalmente, muchos de sus colegas zólogos y antropólogos apenas le consideran. Quizá por el éxito conseguido. En una reciente entrevista, Morris declaraba: «Sé perfectamente que algunos consideran al "divulgador" como algo reprochable, casi sucio, lo cual me parece absurdo. Creo que ello se debe a que muchos científicos, estudiosos y profesoras de universidad, consideran la divulgación como una ocupación más bien vulgar. Y tratan de sacar el máximo partido de ambos tipos de actividad escribiendo libros para el gran público, con los que poder demostrar sus méritos académicos y su brillante ingenio. Por desgracia, sus productos no son ni carne ni pescado porque no están lo suficientemente documentados para interesar al lector experto, y son libros demasiado técnicos para el lector corriente. Y

por esto nadie los lee. Mi preocupación es la de comunicarme con los demás. No quiero deslumbrar al lector con la ciencia. Creo que mis argumentos son siempre importantes. Yo primero busco una idea clave principal y, en cuanto la encuentro, comienzo a pensar cuál será el mejor modo de presentarla». Desmond Morris ha vuelto a dar en el clavo con su nuevo libro **El zoo humano**.

Después nacieron las ciudades

El hombre primitivo, nuestro progenitor, que aún no había descubierto la agricultura y la consiguiente posibilidad de vivir en lugares fijos, tenía poco tiempo que perder. Se veía obligado a seguir a la presa continuamente o a buscar frutas y hierbas que permitiesen a la tribu sobrevivir. La mujer le seguía, tratando de defender a la prole de los continuos riesgos del ambiente adverso. Pero la ciudad nació hace unos diez mil años. Progresivamente, en el curso de los tiempos históricos, los hombres han conseguido independizarse cada vez más del ambiente, y con esta emancipación se han verificado muchos fenómenos sin precedentes. De la tribu se ha pasado a la supertribu, del dominio de unas pocas personas a un dominio que puede extenderse a centenares de millares de individuos, del sexo al supersexo y, sobre todo, de la ocupación continua al tedio.

Morris es, a fin de cuentas, un zólogo, y como tal siente la necesidad de clasificar los extraños comportamientos del hombre encerrado en sus eficacísimas cárceles de cemento y vidrio. Junto al «sexo para la procreación», que no exige ulteriores explicaciones, está el «sexo para formar pareja», en cuanto el hombre es sustancialmente un animal que siente la necesidad de convivir con un compañero. La función relacionada con la formación de la pareja es tan importante para nuestra especie que en ninguna otra circunstancia suele alcanzar una tan elevada intensidad. Y es precisamente esa función la que tantas inquietudes produce cuando se encuentra con las diversas aplicaciones que no sean la reproductora.

Tenemos luego el «sexo fisiológico», destinado a satisfacer la exigencia que se siente con mayor o menor frecuencia en el curso de la vida y que encuentra a menudo desahogo bajo las diferentes formas de amor solitario. Pero no hay que olvidar el «sexo exploratorio»: nuestra especie se caracteriza por la curiosidad y la inventiva, y por

LOS MONOS

ello, hemos conseguido inventar nuevas formas de excitación. Pero junto a este modo de satisfacer la curiosidad, existe otro tipo: «el sexo por el sexo». En este caso se llega al erotismo puro. Es poco más o menos la diferencia que hay entre un manjar exquisito y un plato destinado solamente a quitar el hambre. El «sexo como ocupación» representa, por el contrario, un remedio para el aburrimiento, y lo encontramos como relleno en condiciones de vida monótona y sin objeto. Tedio intenso no quiere decir no tener nada que hacer, sino más bien lo contrario: se llega a un punto en el que una actividad cualquiera, no importa cuál, es mejor que nada, con tal de que sea una acción. Si no hay otra cosa de qué ocuparse, nos comemos las uñas, y si hay alguien a nuestro lado, tratamos de entretenernos mutuamente.

Del mismo modo que nuestro sistema nervioso no soporta una excesiva falta de actividad, se rebela contra el extremo opuesto. Y el sexo se convierte entonces en un «tranquilizante», como puede ser, a otra escala, fumar un cigarrillo, masticar chicle o beber un vaso de agua. Del «sexo comercial» no hay mucho que decir. Pero si hay que hablar del «status sex»: se refiere este término a cualquier manifestación directa o indirectamente relacionada con la esfera sexual que se utilice como elemento para establecer una posición de dominio individual o social sobre personas del propio o del otro sexo. Tenemos a los tipos sumisos y los dominantes, el constante empleo de símbolos en todas las civilizaciones, bajo forma de monumentos, ritos religiosos, gestos con las manos, palabrotas; están también las relaciones entre las comunidades heterosexuales y las homosexuales, así como todo tipo de ritualización sexual, incluidos sadismo y masoquismo.

Pregunta: ¿qué diferencia hay entre un grupo de negros que hacen pedazos a un misionero blanco, y una multitud blanca que lincha a un negro indefenso? Contesta Morris: «Muy poca, y para las víctimas, ninguna. Sean cuales sean los motivos, razones o excusas, el mecanismo de comportamiento fundamental es el mismo. En ambos casos se trata de miembros del grupo prevalente (in-group) que atacan a miembros de una minoría (out-group). Y es este un campo en el que resulta muy difícil mantener la objetividad porque cada uno de nosotros pertenece, de un modo u otro, a un grupo dominante, y es, pues, difícil considerar desapasionadamente los conflictos entre grupos».

El peligro de la extinción

Este comportamiento conduce al hombre hacia una serie de gravísimos peligros, entre los cuales hay uno definitivo: el de su extinción. A ésta se llega a través de unas etapas perfectamente determinadas:

1. Identificación de territorios precisos donde viven grupos humanos.
2. Crecimiento de las tribus y formación de supertribus.
3. Invención de armas que matan a distancia.
4. Desaparición de los jefes de las primeras líneas de la batalla.
5. Creación de clases de «mata-dores» especializados.
6. Formación de desigualdades tecnológicas entre grupos.
7. La agudización del estado de frustración que conduce a la agresión dentro de los propios grupos.
8. La pretensión de los jefes del grupo de imponer su voluntad.
9. La pérdida de identidad social en el ámbito de la supertribu.
10. El aprovechamiento de la necesidad colectiva de ayudar a los amigos cuando éstos se ven atacados.

Es difícil, por no decir imposible, seguir siendo optimistas si observamos el nivel alcanzado en el transcurso del tiempo por cada uno de los diez factores citados. Quizá el más peligroso de todos ellos sea el segundo. Si no encontramos un remedio, y pronto, las armas nucleares llegarán a formar parte del armamento de todos los países, y terminarán por utilizarse más tarde o más temprano. Una nube feral radioactiva acabará con hombres, animales y plantas donde quiera que se produzcan precipitaciones bajo forma de lluvia o nieve. Sólo los bosquimanos de África y algunos otros grupos remotos que viven en las zonas más áridas de la tierra tendrán alguna probabilidad de sobrevivir. Quizá la ironía de la historia quiere que precisamente aquellos grupos humanos que menos éxito han tenido hasta ahora y que siguen viviendo primitivamente sean los supervivientes de la gran catástrofe.

Arrancar los barrotos

Como buen científico, Desmond Morris describe y analiza los extrañezas de la especie, pero no aventura juicios ni da consejos. Al leer estas páginas en que se describe con candor nuestro modo de comportarnos, nuestras virtudes y nues-



El célebre zoólogo Desmond Morris ha analizado el comportamiento del animal-hombre en la jaula del mundo moderno.

tros pecados (por lo menos los que nuestra sociedad considera como tales) nos dan ganas de sonreír. Claro que no todo es tan sencillo, ni Morris pretende que así sea. Quizá el mayor defecto del fascinante libro sea el de considerar al hombre como una entidad biológica más o menos constante en su potencialidad y sólo sujeta a presiones derivadas del hecho de vivir en apretadas colonias. El ambiente, el social sobre todo, tiene una enorme influencia sobre nuestro comportamiento, pero no es todo. Precisamente, esa inventiva y esa curiosidad que Morris está dispuesto a reconocerle al hombre no la poseen todos en igual medida, y quizá sea éste el elemento sobre el que debemos contar para arrancar los barrotos del zoo, en el que nos hemos encerrado poco a poco. Hoy en día, nuestra curiosidad e inventiva deben dirigirse hacia otras metas, en vez de aspirar al

aprovechamiento tecnológico de todo descubrimiento científico y al atropello del más débil. Es instructivo y, al mismo tiempo, divertido haber sacado a la luz, con cierta ironía, lo absurdo de nuestro comportamiento y los peligros que éste entraña. Esto mismo lo habían hecho ya, de otro modo, innumerables escritores que a través de los tiempos han narrado la humana comedia. Pero es útil considerarnos, al menos por una vez, no como orgullosos creadores de civilización, sino como hombres todavía primitivos, que apenas si nos adaptamos a la jaula que nosotros mismos nos hemos fabricado. Es una actitud de modestia: cualidad bastante rara y especialmente útil en este momento en que nos damos cuenta de que quizá estemos perdiendo la última posibilidad de permitir que nuestros hijos sobrevivan, y no enjaulados. ■ ADRIANO BUZZATI TRAVERSO.